

El sátiro de Tarsis

Jesús Ademir Morales Rojas

I

Sócrates, Melito y el joven Hegesias fueron comisionados por el gobierno de Atenas para investigar acerca de un extraño culto en el remoto poblado de Tarsis.

La delicada situación política ateniense requería que problemas de esta naturaleza, que afectaban de lleno la estructura de la religión oficial, se atendieran de inmediato, so pena de motivar severas catástrofes sociales. Pero el gobierno desconfiaba del audaz filósofo Sócrates, quien aún gozando de gran apoyo popular, no era muy apegado al sentido de las decisiones del poder en turno; es por eso que lo acompañaba el astuto Melito, rival de Sócrates en varias de sus propuestas en el Consejo; su secreto cometido consistía en no perder de vista ningún detalle de la actuación de Sócrates para resolver el conflicto de Tarsis. Sócrates por su parte, había aceptado integrarse a esta comisión, preocupado y con el afán de ayudar a su estimado discípulo Hegesias, promoviendo, con este propósito la integración del joven al pequeño grupo, para que a través del cumplimiento del encargo, lo distrajera de su pesimismo extremo, que interpretaba las enseñanzas socráticas como un callejón sin salida, cuya única resolución aceptable sería el suicidio.

Pronto arribaron a la lejana comunidad, pavorosamente aislada entre montes pedregosos y solitarios.

II

De inmediato solicitó Sócrates reunirse con los representantes populares de Tarsis, quienes se presentaron de inmediato; y aunque respondieron a cada cuestionamiento y brindaron toda la información requerida, a los ojos del viejo sabio, no escapó una disimulada actitud ladina.

Los habitantes de Tarsis relataron pues, cómo a partir de cierta infausta noche, varios jóvenes pastores habían sido brutalmente atacados en las colinas cercanas.

Luego de este inexplicable ataque inicial, sobrevinieron muchos otros, resultantes en un gran número de núbiles víctimas asesinadas y luego devoradas como si una misteriosa bestia hubiera transitado por allí, dejando su sangrienta estela. Los parientes de las víctimas, se dedicaron semanas enteras a dar caza al escurridizo animal, hasta que al fin un grupo de ellos dio con la guarida del depredador. Pero en lugar de ser capaces de exterminar la amenaza, todos excepto uno de ellos, perecieron allí. El sobreviviente poco después, en sus postreros momentos, aseveró asombrosamente que sin duda el verdugo en cuestión era un dios, un auténtico e imponente sátiro.

Los habitantes de Tarsis aterrados —más en el fondo complacidos por la circunstancia extraordinaria de constituirse su comunidad, ahora, como sede de un nuevo santuario, un lugar donde era atestiguable la presencia de lo divino— decidieron venerar pues, la morada del dios: una gruta sombría en la cumbre de un cercano monte. Y lo llevaron a cabo levantando allí un lugar de sacrificio, en donde periódicamente ofrecían en ritual a algún joven, quien honrado y orgulloso, se decidía a darse como prenda para el sátiro divinal.

III

Melito, altivo, ordenó a aquellos burdos pastores que suspendieran sus rituales y clausuraran el santuario de inmediato; y además les exigió que se apegaran todos, a las normas y prácticas de la religión establecida, puesto que de no hacerlo, serían

ajusticiados por las tropas atenienses. Los habitantes de Tarsis, con irritación apenas contenida, comenzaron a mascullar amenazas indirectas. Sócrates intervino allí conciliador, y pidió a los aldeanos le mostrasen a la comisión, la morada del dios.

Pero aunque estos aceptaron sin reparo alguno, una furiosa tormenta impidió realizar tal inspección. Apresurados por las próximas juntas de gobierno, a celebrarse al día siguiente, los miembros de la comisión decidieron regresar prestos a Atenas, pero sin embargo, y a consecuencia de esta partida obligada, Melito dispuso dejar en Tarsis, como delegado representante del gobierno ateniense, a Hegesias, para que vigilara el orden allí (esto lo hacía Melito con el propósito de alejarle por todos los medios posibles de la tutela de Sócrates, para luego anexar inteligentemente, a su propia causa, a un joven tan prometedor). Sócrates, aún dubitativo, tuvo que secundar esta última resolución, pero antes de irse recomendó además, que se suspendieran todos los sacrificios definitivamente, y también los ritos, hasta que estos fueran observados y evaluados por otra comisión inspectora —para el filósofo, las muertes varias suscitadas recientemente en ese lugar, no eran obra más que de algún feroz jabalí, y así se lo hizo saber en privado a sus compañeros: Melito, concedió estar de acuerdo con él; Hegesias asintió en silencio, al escuchar la explicación de su sabio mentor.

Antes de partir, Sócrates habló aparte a Hegesias, para instarle a que valorara esta oportunidad única que se le presentaba de hacer resguardar las leyes y la moral de las instituciones oficiales, y que además, a partir de esto, el joven fuera capaz de encontrar un fundamento y una guía para su atormentada existencia: que pugnara entonces por perfeccionarse en su ser y que a través del razonamiento, y del autoexamen constante, erradicara definitivamente, su enfermiza melancolía.

Hegesias le aseguró que así actuaría, que partiese sin preocupaciones, y que esperara su próxima reunión con el grupo de estudio promovido por el viejo filósofo, en cuanto el gobierno ateniense resolviera cómo actuar en Tarsis.

Sócrates aún pudo ver la lejana señal de despedida de su estimado discípulo, durante un momento apenas, antes de que se perdiera en la escabrosa distancia.

IV

Antes de que el mensajero le comunicara el apremiante anuncio, Sócrates presintió que algo no iba bien en Tarsis. Y en efecto, informantes de aldeas vecinas le comunicaban que era imperiosa su presencia en la aldea del santuario del sátiro, puesto que allí el caos fanático había retornado. De inmediato convocó a Melito para la partida, quien irritado, durante todo el trayecto le recriminó a Sócrates por la grave situación, e indirectamente, lo responsabilizaba de ella. Preocupado hondamente por la suerte de Hegesias, el viejo filósofo apenas le puso atención.

Arribaron a la aldea: estaba casi vacía, ni rastro de Hegesias. Sócrates le preguntó a un anciano paralítico que estaba tumbado cerca, dónde se encontraban todos y qué estaba sucediendo en Tarsis. El anciano le informó que había ceremonia en el santuario, llevada a cabo improvisadamente, para congraciarse con el dios.

Sócrates consternado pidió imperiosamente a Melito que congregara fuerzas armadas de los pueblos vecinos y que las condujera al santuario urgentemente.

El político le reclamó orgulloso y airado, que por favor no le diera órdenes, pero al percibir un atisbo de furia en el rostro de sileno del viejo filósofo, decidió no arriesgarse más y se apresuró a realizar lo solicitado. Sócrates ascendió de inmediato, rumbo a la gruta divina. Cerca ya de ella, escuchó música siniestra y cantos de alabanza. Buscó una ruta entre las ásperas rocas para aproximarse más al lugar, y así evitar, además, a la multitud congregada. Se asomó para ver lo que estaba sucediendo en la morada del sátiro. Quedó pasmado ante lo que observó entonces: en el lugar de los sacrificios, un claro amplio y circular a las afueras de la gruta, colmado de huesos humanos y de una pestilencia intolerable, allí justamente, se encontraba Hegesias desnudo y sin ataduras, de rodillas sobre el altar de roca, y que invocaba además con grandes voces agudas, la presencia del sátiro, incitándolo a que abandonara las profundidades de la cueva; implorándole con dulces invitaciones y ofrendándose completamente decidido.

De pronto una sombra torcida apareció en el umbral de la gruta. Sócrates se perturbó mucho cuando contempló en toda su plenitud, a la luz de múltiples antorchas,

la aterradora figura del sátiro de Tarsis. Al dios, ante la vista de Hegesias, su víctima inerme y deseosa, se le inyectaron los ánimos de sangre y con ansias bestiales se arrojó sobre ella.

El joven excitado, al ver a la grotesca figura aproximarse de lleno, abrió los brazos para recibir al verdugo a plenitud. En ese momento Sócrates se precipitó desde su elevado escondite, y sorprendiendo a todos los celebrantes, apareció espada en mano en el siniestro claro. El sátiro soltó entonces a Hegesias, quien cayó al suelo de huesos dando quejidos y se acurrucó luego a un rincón, quedando a la expectativa. La criatura se adelantó hacia Sócrates bramando furiosa. El filósofo entonces dio un paso hacia atrás y bajó la espada, intentando hacerse oír por el sátiro. Le dijo que había revisado registros públicos en Atenas y que había descubierto ahí, su verdadera identidad y su tragedia: el sátiro no era más que el deforme hijo de una sibila perteneciente a Delfos y que se había retirado a Tarsis en su madurez, tras haber finalizado su labor en la sede del oráculo famoso. Sócrates le dijo al monstruoso ser que sin duda sus malformaciones eran consecuencia de los vapores malsanos del oráculo en Delfos, que había aspirado su madre con el propósito de permitirse inundar por el dios, y así poder pronunciar sus enigmáticas sentencias. El sátiro enmudeció al escuchar esto, pero no cesó de avanzar hacia el viejo sabio con las garras levantadas. Sócrates prosiguió hablando y le explicó que no merecía existir dios alguno que ameritara el dolor y la muerte de las personas; y que lo auténticamente divino era ser humano, enfrentando con entereza todas las oscuridades y limitaciones de tal condición. Lo invitó finalmente a asumir esa oportunidad y a que por ello, se dejara ayudar y guiar razonablemente para ir más allá de sus obstáculos físicos. El triste ser, finalmente, bajó los brazos, apaciguado. Sócrates suspiró. Pero justo en ese momento Hegesias, dando un rabioso alarido, se lanzó sobre el sátiro furiosamente. Éste, al sentirse irritado de nuevo por motivo de esta invitación al desastre, tomó del cuello a Hegesias y comenzó a agitarlo frenéticamente. Sócrates ante esto, actuó decidido y fue hacia el sátiro blandiendo la espada. Súbitamente la criatura soltó a Hegesias y enfrentó a Sócrates. Le arrebató el arma, lo derribó al suelo y le puso las torcidas rodillas sobre el pecho. Entonces levantó en alto la espada, y sin titubeos, se la clavó en su propio corazón. Los aldeanos se agitaron furiosos, y ya se disponían al

linchamiento, cuando arribó al lugar Melito con las tropas, que rápidamente tomaron el control de la situación. Melito, al mirar la impactante escena de Sócrates incorporándose, Hegesias de rodillas y la patética figura del cadáver deforme con el arma en el pecho, comprendió todo y sonrió socarronamente con aires de triunfo. Hegesias mientras cubría su desnudez, clavó en Sócrates una mirada de odio infinito; el viejo filósofo la enfrentó con un gesto de imperturbable piedad. A la larga Hegesias, bajó la mirada.

V

Al llegar a Atenas, Melito de inmediato acusó a Sócrates de corruptor de menores ante las autoridades de Atenas, y ejemplificó como prueba concluyente de esto, el cómo orilló con sus falacias, a una joven víctima del destino, a una penosa muerte por mano propia.

Sócrates tras ser enjuiciado, resultó culpable y condenado a muerte. Se defendió el sabio filosofando y filosofando cumplió noblemente la sentencia: se bebió la cicuta sin vacilaciones, y se despidió de sus queridos discípulos mientras moría, recomendándoles prudencia y razón, y entonando poemas a la Bondad y a la Belleza.

Melito tras este pírrico triunfo, a la postre, fue descubierto en turbias y fraudulentas maniobras políticas y de igual manera fue condenado a morir.

Nadie se ocupó de relatar su final.

Hegesias por su parte vivió largo tiempo, y se hizo tristemente célebre arrastrando a cientos de jóvenes al suicidio, gracias a su tratado "Del arte de morir de hambre". Alarmadas las autoridades, prohibieron la circulación de esta obra, y suspendieron bajo amenaza de pena capital a Hegesias, de toda tentativa de ejercer su radical enseñanza.

Se cuenta que Hegesias entonces, se dirigió a la abandonada Tarsis y se refugió en el santuario en ruinas. Nunca más se supo de él.

Este fue el fatídico destino, del sátiro de Tarsis.

publicado en mayo de 2008